

POR UNA ECONOMÍA AL SERVICIO DE TODOS

MANUEL MERA SÁNCHEZ
Confederación Intersindical Galega (CIG)

Recibido: 23 marzo 2000

Aceptado: 15 junio 2000

Hablar de la economía gallega en el siglo que acaba de comenzar, debe llevarnos a la vez a hablar de las condiciones de vida de la sociedad gallega, ya que, en definitiva, de poco sirve que crezca la economía si aumenta la precariedad o bien una amplia parte de la población queda al margen de los beneficios del desarrollo. Pero, aún más, podemos decir que a un mejor reparto de la riqueza le corresponde un mayor desarrollo económico, al menos en períodos largos y como norma general. Según el Banco Mundial, de 1965 a 1980 la economía del mundo creció un 4,1%; de 1980 a 1990, un 3,2% y de 1990 a 1998, apenas un 2,4%. Y esto a pesar del avance técnico y del proceso de globalización de la última década, que algunos (artificiosamente e interesadamente) consideran que potencia el crecimiento económico. No parece ser así con los datos en la mano.

A medida que avanzó la última parte del siglo pasado se incrementó la precariedad (desregulación) laboral y aumentó el desempleo. Hay quien dirá que la caída de los países del ex-campo socialista desfigura los datos, pero podemos decir otro tanto de las convulsiones que hubo durante las décadas de los 60 y 70 en muchas áreas del mundo, o de la crisis del petróleo. Lo cierto es que cuando se habla de un mayor crecimiento económico se está pensando en los países de la OCDE (en los más ricos) y en sus intereses, y no en el conjunto de la sociedad. La etapa de los 60 y 70, con sus utopías redistributivas, de soberanía popular y nacional, con los desarrollos autocentrados y con el contrapeso entre las grandes potencias se mostró, en la práctica, como una época en la que las fuerzas productivas encontraron un canal más apropiado para desarrollarse, al menos si hablamos en general de todo el planeta. Debíamos pensar y estudiar estos hechos ya que arrojan mucha luz sobre el camino que es preciso seguir, pues la solidaridad no es una carga, como muchos argumentan desde intereses clasistas y de status, sino también un bien económico.

Desde los sectores progresistas, el debate está en si la redistribución de la riqueza (y del trabajo) debe asimilarse a la igualdad salarial, o si se trata de garantizar unos mínimos y establecer unos máximos, dentro de los cuales se eviten situaciones de marginación social y de imposición económica y quiebra de las reglas democráticas (por concentración de la riqueza y del poder en unas pocas manos). Asimismo, se entiende que el papel del Estado es esencial como garante de esta redistribución y como expresión de las voluntades mayoritarias. Por otro lado, no es casual que desde las grandes empresas se pretenda reducir el papel que el Estado

tiene en la sociedad y secuestrar aspectos básicos de su actividad, como son la universalización de los servicios públicos esenciales y el control de las relaciones laborales, por poner sólo dos ejemplos.

1. UNA DISTRIBUCIÓN EQUILIBRADA DE LA RIQUEZA POTENCIA LA ECONOMÍA

Si nos acercamos sin cegueras ideológicas a nuestra realidad, veremos como la sociedad gallega, a pesar de los avances técnicos y de infraestructuras, no se benefició mayoritariamente del crecimiento económico de las últimas décadas. Una reciente encuesta realizada por la Xunta de Galicia¹ ofrece datos que asombran: un 16% de las familias llegan a fin de mes con mucha dificultad, un 43,7% con dificultad, contra un 1,8% que llega con mucha facilidad a fin de mes. Como para quejarse después de que no aumenta la natalidad, con la mayor parte de la población con unos ingresos escasos, trabajo precario y un futuro incierto.

Decíamos en los párrafos anteriores que una mayor distribución favorece el crecimiento de la economía, ya que evita situaciones de extrema pobreza e incorpora al consumo a sectores de la sociedad marginados hasta ese momento². En situaciones en las que el paro y la precariedad estén muy extendidos, este efecto será más positivo, máxime si el país tiene capacidad interna para producir los bienes que se demandan desde los sectores sociales incorporados a un mayor consumo. En el caso del Estado español, y de Galicia en particular, incluso podemos decir que la concentración de los beneficios del crecimiento económico de la última década en las clases alta y media alta impulsó un tipo de consumo muy ligado a la importación de bienes y a la exportación de divisas (informática, telecomunicaciones, turismo exterior, inversiones en negocios con rápidos beneficios, etc.).

No hay duda de que, en este marco internacional de globalización de la economía y sacralización del neoliberalismo, no es muy fácil establecer ciertas reglas que favorezcan la integración social y el equilibrio territorial. ¡Pero tampoco es imposible! Todo depende de la voluntad política. Por ejemplo, en prácticamente todos los países europeos hay establecida una renta básica (también llamada Renta Mínima o Salario Social) que evita las situaciones de extrema pobreza y de marginación social. Se trata de un nivel mínimo de salario garantizado (a cambio de ciertos requisitos familiares y prestaciones sociales y de formación) que asegura, asimismo, que ningún trabajador va a aceptar condiciones laborales más bajas y, por lo tanto, es un freno para muchas irregularidades y situaciones de sobreexplotación. No se puede argumentar, como se hace desde el Gobierno central, que esto no es posible, que es mucho dinero, cuando en Portugal (con una renta per cápita más baja) se está aplicando desde hace dos años y afecta a un 4% de la población.

¹ *Enquisa de condicións de vida das familias.*

² En 1999 había como media 420.800 trabajadores con contrato fijo y 223.900 con contrato eventual, un 34,36% del total, más 182.200 parados, es decir, 406.100 obreros en precario. Por encima del 50% de los asalariados en precario, si a estos datos añadimos los que no tienen contrato.

Hay otras medidas de carácter social que se pueden poner en práctica y que tendrían efecto inmediato, como por ejemplo aumentar la cobertura de las prestaciones por desempleo (dado el gran superávit actual del sistema), o que los parados no tengan que pagar ciertas tasas, que abonen menos en las empresas de transporte, etc. Está, además, todo el tema fiscal. En los últimos años se bajaron los porcentajes del IRPF y de otros impuestos que gravaban los ingresos más altos. Concretamente, las rentas del trabajo pasaron de reportar un 79,12% del IRPF en el año 1994 a ser el 83,51% en 1999³. Hay una transferencia de dinero desde el sector público y desde los sectores más pobres a los más ricos, lo que contribuye a aumentar la concentración del poder económico en unas pocas manos. Un hecho éste que, además de acrecentar la estratificación social, limita la democracia, ya que el poder real permanece en manos de muy pocas personas ajenas a cualquier tipo de control democrático.

2. GALICIA, PORTUGAL, LATINOAMÉRICA... ESCENARIOS QUE ES NECESARIO POTENCIAR

Se puede hacer una política social progresista con cualquier grado de desarrollo, pero cuanto mayor sea éste más crecerán las posibilidades de una mejora en las condiciones de vida que llegue a todas las clases sociales. Galicia tanto puede ser un país periférico como un centro de comunicaciones, tanto puede ser un país dependiente como tener un alto grado de autonomía real, todo depende de nosotros y de nuestra capacidad para deshacernos de sometimientos y emplear adecuadamente los potenciales materiales y humanos de los que disponemos, que son muchos.

Debemos saber con claridad qué queremos nosotros, tener un proyecto de país, ¡ésta es la clave del éxito!, y no seguir acríticamente (sin estudio ni análisis ninguno) los proyectos que se realizan en Bruselas y en Madrid que, no puede ser de otro modo, están realizados en función de los intereses de otros pueblos y de empresas alejadas de nuestras necesidades. Por eso, desde la CIG, creemos que es fundamental desarrollar los sectores productivos a partir de nuestros recursos endógenos, aprovechando nuestra situación geográfica y las relaciones históricas con otros pueblos.

Ante todo, debemos situar con claridad nuestro escenario económico, político, social y cultural. Nuestros escenarios, porque creo que hay varios, son como círculos concéntricos, tanto por la prioridad como por su relación estratégica con nuestro país.

Tenemos un primer escenario, que es el norte de Portugal, con el que hay que formar una región económica única. Esto nos permitirá hacer una economía de escala, golpear con fuerza en Bruselas, y servir de puente a ese segundo escenario que es Portugal, Latinoamérica y también el África de lengua portuguesa. Pero Galicia-norte de Portugal nunca será una "región"⁴ con peso si no se aumentan las re-

³ *El País*, (07-02-2000), p. 72.

⁴ Región histórica, económica, lingüística y cultural.

laciones en el terreno laboral, social y cultural y, también, si no extendemos este proyecto hacia el occidente de Asturias, el Bierzo y Sanabria. Pero para eso tienen que hacerse propuestas conjuntas a largo plazo, en las que cada ciudad y comarca deben especializarse, en las que hay que racionalizar los recursos, potenciar las colaboraciones... Hablamos de una región de 7 millones de personas, con tanta población como Suecia y el doble de Irlanda.

El segundo escenario al que hice mención, Latinoamérica y el África de lengua portuguesa, es el que nos permite hacer de Galicia-norte de Portugal una región central en Europa. En toda esa área los gallegos y también los portugueses del norte tenemos vínculos de sangre y relaciones familiares privilegiadas para establecer acuerdos comerciales, potenciar los servicios (el turismo étnico, la venta de libros, la música, los vídeos y todo aquello que tenga que ver con el origen de una gran parte de estos pueblos). Y esto también en sentido inverso.

Hay dos terceros escenarios: uno, el resto del Estado y, el otro, la Europa atlántica. Son marcos económicos con los que hoy existe una gran relación y con los que tenemos intereses comunes dentro de la Unión Europea, pero también de competencia según el tema del que se trate (no olvidemos esto).

Situados los escenarios estratégicos y su interés para el país, es necesario darles vida, potenciarlos. Hay que procurar establecer marcos de relación estables que refuercen las relaciones económicas, la investigación, las infraestructuras, los proyectos en común..., en fin todo aquello que favorece la actividad productiva. Por ejemplo, los acuerdos entre universidades, entre asociaciones culturales, entre organizaciones sociales y sindicatos, programas de colaboración entre las televisiones públicas, una información más cotidiana y extensa en los medios de comunicación sobre lo que acontece a cada lado de la raya. Aún hoy, en los medios de información gallegos y portugueses lo que pasa a cada lado de la frontera es algo secundario, excepto que sea una noticia en Madrid o en Bruselas. Grave, ¿no?

3. CONSTRUIR SOBRE PILARES SÓLIDOS

Nuestro país cuenta con grandes riquezas potenciales, tanto por tener 1.300 kilómetros de costa como por estar favorecido por un clima benigno con lluvias abundantes. La riqueza energética, maderera, ganadera, pesquera y en recursos minerales fue muy explotada durante el franquismo y la transición democrática, pero no sirvió para desarrollar una industria transformadora que absorbiese el excedente agrario de mano de obra. Hoy en día emigran alrededor de 20.000 gallegos, a pesar de que muere más gente de la que nace. Las limitaciones impuestas desde la Unión Europea a la construcción naval, a la producción láctea y a la pesquera agravaron todavía más esta situación. Nos faltó poder político dentro del Estado español y de la UE, voz propia para defender nuestros intereses económicos (pero también otros, como los culturales y sociales). Es importante decir esto, porque cualquier propuesta económica y social propia sólo va a ser viable si contamos con un mayor peso político, con fuerzas propias que sean hegemónicas internamente.

Una parte importante de la economía gallega actual tiene pies de barro. Se trata de empresas de enclave o en las que las ventajas competitivas son circunstanciales (aluminio, vehículos, confección, etc.). Mantener estas actividades va a depender de decisiones externas, pero también de que el mercado interno mantenga un gran dinamismo, de que se hagan grandes inversiones en investigación y formación, de que se mejoren las infraestructuras y, especialmente, de que Galicia sea un puente privilegiado con Portugal, con Latinoamérica y con la Europa atlántica. Pero, fundamentalmente, ¿tenemos que diversificar nuestra producción y romper con las limitaciones que nos impiden desarrollar aquellos sectores en los que tenemos mejores condiciones para producir!

Entre los sectores en los que tenemos ventajas competitivas están, sin lugar a dudas, el pesquero (conservas, ahumados, precocinados, frío, etc); el de la huerta, que se puede vincular en su elaboración y comercialización a los transformados marinos; la madera, siempre que se haga una explotación más racional del monte y que se potencie una industria del mueble con formas originales, que identifiquen a Galicia; todo lo relacionado con la ganadería, con el vino y con la patata, pero, también, con la producción de infraestructuras de maquinaria que tenga que ver con estos sectores y actividades; con otras producciones, como la de cerámicas, lozas, tejas y materiales para construcción, sectores en los que contamos con una larga tradición industrial y con la materia prima necesaria. En fin, no se trata aquí de hacer un estudio completo sobre los sectores productivos gallegos, sólo marcar una tendencia, un criterio.

Pero dirá el lector que todo está muy bien, pero que hay unos recursos limitados, ¿dónde poner el acento?, ¿cuáles deben ser las prioridades? Hay que tratar de resolver a la vez todos estos aspectos, pero deben fijarse ritmos más acelerados en algunos. Por ejemplo, a la formación es necesario dedicarle un esfuerzo especial para preparar cuadros técnicos superiores y científicos, que permitan innovar, generar nuevas empresas, entrar en nuevas actividades, producir con mayor calidad y vender más eficazmente. Personas así no se forman en seis meses ni en un año, y necesitan de los mejores maestros. No resulta lógico gastar el dinero en varias carreteras que nos conecten con Europa y con el resto de la península si no tenemos un sistema viario interno que permita armonizar el territorio y potenciar el consumo en su interior. En un caso estaremos desarrollando (estratégicamente) nuestra economía, en el otro potenciaremos actividades de enclave, en las que Vigo, A Coruña o Vilagarcía serán ciudades terminales con un *interland* débil.

La economía gallega del siglo XXI depende de muchos factores, pero siempre y especialmente de nosotros, de los gallegos y gallegas, de nuestra visión de futuro, de que sepamos aprovechar nuestra historia, nuestra potencialidad, nuestros recursos en materias primas y humanos, de que seamos capaces de acabar con la dependencia y con la colonización. Todo esto sin que perdamos nunca de vista que la economía debe estar al servicio de los hombres y mujeres, ¡de todos!, o al menos de las grandes mayorías.